

**EL**

HEMEROTECA

Tomos

Encuadernación

¿Tiene modelo?

Observaciones

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:  
los comisionados, y 1  
francos: 90 rs. trime-**VIENTO ESPAÑOL.**

RIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

por trimestres en casa de  
30 rs. trimestre.—En U-  
carta sin certificar.PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la  
Publicidad, Olamendi, Lopez, Bayli-Bailliere, Cuesta y Lizaso. Provincias: En los puntos que se anuncian el último  
día de cada mes.**PARTE EXTRANJERA.**

El desconsolador aspecto del año que acaba de transcurrir, y cuyo sombrío cuadro trazamos en la revista anterior, no puede menos de causar espanto en el ánimo más sereno al entrar en el año que hoy se inaugura, llamado a recoger su funesta herencia.

El año 1866 parece en efecto destinado a ser el principio del desenlace de tantas pavorosas cuestiones como se agitan hoy en el mundo todo. En las sociedades como en los individuos, cuando enferman, llega un punto en el que la intensidad del mal ocasiona necesariamente una crisis que lleva consigo la salud o la muerte.

Y que la sociedad está enferma no hay nadie que lo ponga en duda. Robusta y lozana desde que la sávia del Cristianismo penetró en sus instituciones, en sus leyes y en sus costumbres, caminaba a cumplir sus destinos, no sin trabajos y tropiezos ciertamente, pero vivificada y guiada siempre por la purísima y resplandeciente luz que alumbraba los penosos senderos de su peregrinación. En aquella dichosa edad, no exenta de defectos, pero pasajeros y poco profundos, las naciones europeas regidas por leyes y Gobiernos cristianos, y unidas por el fuerte lazo de una misma fe, que iba produciendo una solidaridad y alianza cada día más portentosa, se acercaban con progreso lento, pero veraz y seguro, al ideal de la sociedad en cuanto permitido le es alcanzarlo en esta vida transitoria y terrena.

A veces, no hay que negarlo, este progreso legítimo y fecundo era dolorosamente interrumpido por la ignorancia, el error y las pasiones, triste legado de la prevaricación primitiva; pero había una luz a cuyos vivos resplandores no se cerraba los ojos; una verdad que las inteligencias no se negaban sistemáticamente a escuchar; una autoridad suprema que hacía oír la voz severa del deber a todas las naciones, y era acogida con respeto y amor; luz que brillaba ahora tan viva como entonces, pero a la que hoy hombres ciegos llaman tinieblas; verdad tan pura hoy como antes, pero que se blasfema hoy de mentira; autoridad tan legítima en aquel tiempo como en el presente, pero que en nuestros días es brutalmente escarnecida.

Sobrevino en tanto la gran conflagración religiosa del siglo XVI, producida por la Reforma, abismo hondísimo en cuyo seno cabían todos los errores y crímenes conocidos y aún posibles, y los fundamentos de la sociedad se desquiciaron. Muchos Reyes encontraron camino abierto para satisfacer sus brutales pasiones y su ávida codicia, y se adhirieron para conseguirlo a la nueva herejía. Los pueblos, roto el freno de la moral católica, dieron rienda suelta a los más feroces instintos de la naturaleza degenerada; y las rebeliones, y las luchas intestinas, y las guerras más sangrientas entre los Estados, cubrieron de sangre y horrores a la Europa entera, que se vio amenazada de retrogradar a la barbarie.

Y no pararon aquí los males que ocasionó el protestantismo. Al disolvente influjo del libre examen todo se adulteró y corrompió. La razón humana emancipada del suave yugo de la fe, después de haber desechado toda autoridad en el orden religioso, despreció también toda autoridad en el científico. La filosofía se hizo racionalista, y las ciencias morales y políticas se vieron por consiguiente, en su raíz. El régimen de los Estados se desnaturalizó por completo, concluyendo por no ser otra cosa que una lucha perpetua entre el Gobierno y los pueblos, y de las naciones entre sí. La vida política de Europa cambió esencialmente; y en lugar de proseguir aquel verdadero progreso fundado en la natural perfectibilidad del individuo como de la sociedad, según el orden de la providencia, empezó a proseguir un ideal imaginario llamado al presente progreso moderno; a la antigua y benéfica civilización cristiana, sustituyó la civilización que hoy dicen moderna, y que no es otra cosa, si es algo, que la pánico; y el legítimo amor de la libertad, fué reemplazado por el liberalismo, verdugo de la libertad misma.

Los sabios, según el mundo, ciegos adoradores de esos tres ídolos, creación de aquel satánico conjunto de monstruosas iniquidades que se conoce con el nombre de revolución francesa, no pudiendo menos de ver que la sociedad iba cada vez peor, no han cesado de discurrir remedios para curar el profundo malestar que padecía. La unidad que reinaba entre los Estados, cuando el cuerpo social era informado del espíritu cristiano, se ha querido sustituir con lo que se llama, sin duda por ironía, concierto europeo. El arbitraje paternal de los Papas, que arreglaba las diferencias de los Soberanos amparando al débil contra el fuerte, se ha reemplazado con los Congresos, medio el más a pro-

pósito, como ha enseñado la experiencia, para dar fuerza y validez a las usurpaciones de los Estados prepotentes; y como si el mutuo respeto y comun concordia que debe reinar entre las naciones no fuese más que un conjunto de fuerzas que la física se encargase de equilibrar, se imaginó el famoso principio del *equilibrio europeo*, especie de *lex agraria gentium*, de que puede decirse con Metastasio:

Che vi sia ciascun lo dice;  
Dove sta nessun lo sa;

pero que si sabemos muy bien, por desgracia que ha sido el medio de que los poderosos satisfagan odiosas ambiciones, y los débiles se vean sometidos a humillante y desastrosa tutela.

No necesitamos esforzarnos en probar la gravedad de la situación traída por esas causas que hemos apuntado ligeramente, y que hemos querido recordar hoy que se inaugura un año que promete ser fecundo en acontecimientos, a fin de que nos sirvan de base a nuestros juicios futuros.

La paz interior en los Estados se halla perpetuamente turbada, ó amenazada al menos por las muchedumbres, cuyos ímpetus sólo saben y no siempre consiguen los Gobiernos contener por la fuerza bruta. Las naciones, lejos de prestarse mútua ayuda, separadas por temores y desconfianzas, se espían recíprocamente. Cualquiera acontecimiento lleva el espanto a todos los rincones del globo, temiendo no sea la señal de la temida conflagración universal. ¿Qué es esto sino que la sociedad está fuera de su asiento, que no recobrará sino cuando vuelva a colocarse sobre sus antiguas y sólidas bases? ¿Y cómo conseguirá esto sino cuando reconozca que los Estados no pueden subsistir sin un conjunto de doctrinas, sin un código moral que una entre sí los diversos miembros del cuerpo social? Esto no sucederá, sin embargo, mientras las constituciones modernas no se vean libres del racionalismo sobre que están fundadas unas y más ó menos viciadas otras, y vuelvan a ser informadas por la verdad plena y entera, por la verdad católica, única que puede cumplir los fines de las sociedades según los divinos designios de Dios sobre el hombre regenerado por Jesucristo, Salvador del mundo.

Sólo entonces cesará ese malestar social sentido hoy por todos, las sociedades se encontrarán, la senda perdida y reanudarán el verdadero progreso que las conduzca a realizar sus destinos.

Pero dijimos al principiar estas rápidas consideraciones, que este malestar se había hecho tan profundo, que el mal de que adolece el cuerpo social había llegado a tal grado de intensidad, que una crisis suprema era inminente.

Píjese la vista por un momento siquiera en la situación de aquellas naciones que, sea por su importancia, sea por otras causas, tienen hoy un puesto preponderante en el movimiento político moderno, y veremos que presentan caracteres de que el estado actual de cosas no puede prolongarse.

Empecemos por Francia. Esta nación, ó mejor dicho, el César que hoy dispone de las fuerzas y de la preponderancia que dan a ese país su prosperidad, su magnitud y su posición geográfica, va ya para tres lustros largos que domina como árbitro en los negocios políticos de Europa; y aun no satisfecha con esto su ambición, ha llevado también su influencia al Nuevo Mundo con miras no bien definidas todavía. Pero hoy la estrella del tercer Bonaparte empieza a palidecer, habiéndose visto con asombro la atrevida indiferencia con que contempló la guerra de alemanes y dinamarqueses, y la impotencia que le obligó a sufrir el convenio de Gastein sin tomar parte alguna en los arreglos austro-prusianos que no podía menos de mirar con profundo recelo. Por parte del monstruoso reino de Italia, hechura en cierto modo suya, se le preparan no menos grandes contrariedades. La Italia una parece haber llegado al nudo precursor del desenlace de ese drama sangriento de crímenes é iniquidades de todo género: la crisis ministerial por que hoy atraviesa lo está mostrando con harta claridad. Ante la actitud amenazadora de la Cámara en que prepondera el elemento demagógico, y la bancarota inminente de la Hacienda, el desdichado Víctor Manuel no encuentra ministros entre los hombres alocos a la política imperialista, que son los únicos que pueden llevar a cabo el convenio de 15 de Setiembre, sueño dorado de Napoleón III.

Si del antiguo pasamos al Nuevo Mundo, también allí encontramos nuevas humillaciones para Bonaparte. El Imperio mejicano, otra de sus obras predilectas, se desmorona visiblemente, viéndose obligado su autor y protector a tolerar las amenazas de la soberbia República de los yankees, y a prometerles con for-

mas cuya habilidad no ha sido bastante a cubrir la afrenta, que retirará las fuerzas merced a las cuales Maximiliano logró establecerse su Imperio.

¿Qué se deduce de esto sino que la situación política actual camina a un desenlace, amenazado como se ve de perder el más fuerte apoyo que contribuyó a crearla?

De Inglaterra poco hay que decir para hacer ver que no goza hoy de aquella temible influencia que tantos desastres ha causado en el antiguo como en el nuevo continente. Humillada con repetidas afrentas por los Estados Unidos; libre sólo por el momento del peligro que ha corrido de ver turbada su paz interior por el *fenianismo*, secta terrible que cuenta sus afiliados por millones y cuyo centro está fuera de alcance de mirada por las demás naciones, con odio por unas y desconfianza por todas, ya no encuentra en el continente los aliados que necesita para que su acción pueda ser práctica y durable.

Austria y Prusia, separadas por una rivalidad secular a causa de la supremacía sobre la Alemania que la segunda ambiciona y la primera no quiere perder, no acaban, y es de temer que no acaben de formar una alianza sincera y fecunda que pudiera servir de contrapeso a la política revolucionaria que domina hoy en Europa.

Dejando aparte los demás Estados, cuya influencia en los negocios de la política general es muy secundaria, ¿qué resulta de aquí? Que ni por parte de las Potencias consideradas con más ó menos fundamento como afectas al restablecimiento del orden, ni por la de aquellas que han sido origen y apoyo constante de la honda perturbación presente, hay fuerzas bastantes para realizar su obra respectiva.

La crisis, pues, se acerca, se acerca cada día y ya parecen dibujarse en el horizonte las primeras señales, sin que por esto creamos que el año que hoy empieza esté destinado a presenciar la resolución; que los días de la vida de las naciones no son tan cortos como los de la vida de los individuos. Sólo hemos querido indicar que el desenlace parece estar próximo a iniciarse.

No queremos perder tiempo ni hacerlo perder a nuestros lectores haciendo cálculos sobre los resultados que podrá tener esta lucha suprema. La Providencia no nos ha confiado sus secretos. Lo que sí sabemos es que la sociedad no puede subsistir sin orden, ni el orden sin verdad, ni la verdad puede hallarse fuera de su única depositaria y maestra infalible, la Santa Iglesia católica, apostólica, romana. Si el mundo antes de la conflagración universal y última, ha de gozar todavía de tiempos serenos y tranquilos, de allí, y sólo de allí, ha de venir el remedio de los males que hoy lamentamos.

**TELEGRAMAS.**

PARIS, 30.

El Príncipe Napoleón y la Princesa Clotilde han recibido ayer a los embajadores de España y Turquía y dos ministros del Brasil, de Mecklemburgo-Schwerin y del Perú.

El *Moniteur* dice que la expedición dirigida por el coronel Colomb ha rechazado a los disidentes argelinos hasta el desierto, sin tener un sólo herido. Una gran tranquilidad reina desde la frontera marroquí hasta la de la regencia de Túnez.

FLORENCIA, 30.

Los periódicos dicen que Mr. Scialoja acepta la cartera de Hacienda, Mr. Chiaves conserva la del Interior, Mr. Pacini la de Trabajos públicos (Fomento), el general Lamarmora la presidencia; ministros de Negocios extranjeros y de los demás departamentos no se sabe todavía quiénes serán.

LISBOA, 30.

SS. MM. portuguesas han llegado hoy a las tres y media de la tarde; han sido recibidas con las demostraciones oficiales de costumbre. El Infante D. Sebastian formó parte de la comitiva.

PARIS, 29.

Es inexacta la noticia de la muerte del senador M. de Larochejacquelein.

FLORENCIA, 29.

Ha llegado aquí M. Lanza. Se espera al Rey.

FRANCOFORT, 29.

Verificanse muchos *meetings*, y en la mayor parte de ellos se pide la ejecución inmediata del tratado de comercio entre el Zollverein é Italia.

PARIS, 30.

En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, a 69 0/0; el exterior, a 60 0/0; la diferencia, a 37; la amortizable, a 28 1/2; el 3 por 100 francés, a 68-15, y el 4 1/2, a 93-00.

LONDRES, 20.

Los consolidados ingleses quedaban: de 87 1/8 a 1/4.

PARIS, 30.

Hoy al cerrarse la Bolsa quedaban los ferro-carriles de Alicante y Zaragoza a 315; el 3 por 100 portugués a 46 3/4; el cambio sobre Lisboa a 410; el 3 por 100 italiano a 65-45; el crédito territorial francés a 900; el crédito mobiliario francés a 848; el espa-

ñol a 462; el ferro-carril de Sevilla á Jerez á 49, y el del Norte de España á 171.

En Amsterdam quedaba hoy el 3 por 100 español, á 38 0/0, y en Ambers, á 35 1/8.

**EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.**

MADRID, 1.º DE ENERO DE 1866.

1865.

Al comenzar el año de gracia de 1866, EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, a quien no se ocultan el enlace de los tiempos y de los sucesos sin juzgarlos por esto sometidos a la especie de encadenamiento geométrico soñado por los sectarios del progreso pantelístico, cree que co dueca mu cho al recto juicio del estado presente de las cosas públicas y aun al de las que están por venir, volver los ojos al último año transcurrido, y fijarlos en los hechos principales que han acaecido en él.

Año ha sido este último por extremo aciago para España; año de grandes culpas y de grandes castigos; en el que la revolución ha conseguido triunfos muy señalados, capaces de fomentar su antigua soberbia y de alentar sus locas esperanzas, y en el que la nación entera ha tenido que sufrir dolorosas expiaciones. Pero señalemos algunos sucesos.

Comenzó a correr el año de 1865 mandando el ministerio Narvaez. Acaso se presentó entonces una ocasión favorable para dar de mano a las pequeñas contiendas pseudo-conservadoras y acometer la generosa empresa de la restauración del orden y de la autoridad. Pero desde los primeros días de su advenimiento, el nuevo Gabinete tuvo la flaqueza de proclamarse liberal, muy liberal, realmente liberal; que fué por una parte dar a la revolución alas y por otra atarse el Gobierno las manos para combatirla, y aun para defenderse de sus injurias y embestidas. Y á la verdad, no bien entendió la revolución que el Gobierno se hallaba enredado en los lazos del liberalismo, cuando comenzó a menospreciarle é insultarle, creyéndole incapaz de contenerla, y aun de resistir su pujanza. El lector recordará que con ocasión de haber indicado tímidamente el ministro de Fomento en una famosa Real orden la rigurosa obligación de todo profesor de no combatir en la cátedra la doctrina que la ley jurada le obliga a defender, y de no contradecirse a sí mismo enseñando fuera de la cátedra doctrinas perniciosas é ilegales, el profesor más especialmente aludido por el Gobierno se declaró en rebelión abierta contra él, y aun le provocó atrevidamente a despojarle de su toga. Este fué el principio y la señal de aquella lucha ignominiosa en que el Gobierno recogió en pago de su debilidad y liberalismo gran cosecha de insultos y silbidos. La sangre corrió una vez más; pe o esterilmente. La lección fué desaprovechada. Vióse por espacio de muchos días al Gobierno vencedor sentado ante el Parlamento en el banquillo de los reos acusado por los mismos que favorecían la causa del mal, vestida entonces, como siempre suelen vestirse las causas malas, con nombres seductores. ¿La libertad científica? Hé aquí el lema de la bandera que entonces levantó la revolución contra la autoridad pública. ¿Como si fuese verdadera, moralmente libre el profesor para emponzoñar el ánimo de los jóvenes con ideas y sentimientos contrarios a la verdad, a la fe, al orden y a la paz de los individuos y de los pueblos? ¿Como si no fuera obligación sagrada de la autoridad mirar por que los jóvenes que salen del hogar paterno no vuelvan a él dañados y corrompidos por los mismos maestros que la sociedad elige y recompensa, para que formen su entendimiento y guien sus primeros pasos por el camino del bien? Pero sigamos el orden de los sucesos.

Al motin que ensangrentó las calles, sucedió la vivísima oposición en las Cámaras, de la cual triunfaba el ministerio á duras penas, no sin consumir gran parte de sus fuerzas en el fuego de una discusión sempiterna. Y como si tales contradicciones no bastaran á dar con él en tierra, sobrevino en Valencia una tentativa de sedición militar, especie de llamarada sin muestra que á los ojos de muchos era indicio de una verdadera y próxima conflagración. A vista de tantas dificultades y peligros del Gabinete, Narvaez abrió los ojos y vió a sus plantas el abismo: entonces se acordó de que poseía la autoridad, y comprendió que debía de revestirse de virtud para sacarla a salvo de tormenta conjurada contra él. Pero era tarde; la debilidad ó vacilación primeras habíale impuesto un sello de impotencia que no era fácil borrar. El triunfo definitivo sobre la revolución podía fu rzas mercenarias, y el Hércules llamado a sofocarla entre sus brazos se los había ligado al nacer con los lazos del liberalismo. La auto-

ridad dejó, pues, á los que comenzaron á ejercerla, dejándola á ella poco menos que indefensa en presencia de sus constantes enemigos.

Con el duque de Tetuan subió de nuevo al poder y comenzó á dar sus desdichados frutos la idea liberal elevada por decirlo así a su segunda potencia. ¡Frutos llenos amargos por cierto! Pues desde el punto que pareció en la escena política el nuevo ministerio, ya no reconoció límites la licencia de la prensa, encarnizada casi toda ella contra el trono y el altar; la llamada libertad científica se reputó segura recibiendo del nuevo Gobierno prenda cierta de amor y de protección; y lo que es todavía más que ninguna otra cosa para llorar, anuncióse desde luego y consumióse después el reconocimiento de las iniquidades hechas en Italia contra el derecho de las gentes y de la santa Iglesia romana. Note el lector aquí la gradación de las ideas y la proporción que estas guardan con los hechos. El ministerio Narvaez que era realmente, por lo menos en su cabeza, menos liberal de lo que parecía ser en boca de uno de sus ministros, no reconoció á la verdad el llamado reino de Italia, y aun nos atrevemos á creer que jamás lo hubiera reconocido; pero en cambio jamás tampoco expresó en este punto lisa y llanamente su pensamiento; jamás protestó contra la posibilidad de reconocer la obra infame de la revolución coronada, antes por el contrario, preguntado alguna vez sobre este punto, mostróse vacilante ó reservado, sin determinarse á soltar ni una sola prenda en favor del orden europeo, intimamente ligado con los derechos evidentes de la Santa Sede. Ni el Catolicismo ni la revolución pudieron recabar de él ni una sola palabra precisa, cuanto menos una promesa cierta; aquel ministerio por lo que tenía de católico era contrario á la revolución, y por lo que tenía de liberal era poco propicio á la Iglesia. Por esto cayó en los momentos de la crisis, y cayó sin ser sentido, como era bien que cayera quien vivió sin ser amado. Pero cuando el espíritu liberal logró encarnarse más en las entrañas del Gobierno, ó sea al advenimiento al poder del ministerio O'Donnell, ya no se dudó reconocer la obra del liberalismo piamontes. La semejanza es causa de amor; y la forma política de la unión liberal no difería en la esencia, según confesión de su mismo jefe, del constitucionalismo intruso de Florencia. Hé aquí la razón del reconocimiento del falso Rey de Italia, de su injusta dominación en los territorios usurpados. Hoy en verdad el Gabinete de unión liberal pone en labios de la Reina Isabel palabras consoladoras que expresan claramente el noble propósito de mirar por los derechos de la Santa Sede, hollados infamemente por el supuesto Rey de Italia, palabras que parecen limitar el reconocimiento por España al mero hecho, desnudo de toda razón de justicia; palabras que, á ser sinceras, levantarían un muro de separación entre el Gobierno de S.M. Católica y la Italia una, soñada por los sectarios. Si mañana, lo que Dios no permita, la unión liberal desapareciese al soplo de la revolución que la amenaza, y se entronizase un Gobierno progresista ó democrático, capaz de elevar la idea liberal á la tercera ó á la última potencia, el reconocimiento de las usurpaciones de Víctor Manuel sería tenido por la más esquisita labor formada por el derecho nuevo, ante lo cual habría que postrarse como ante una divinidad y consagrar á su protección y defensa toda la clase de bienes, ó tesoros y la sangre misma de la patria.

¡Desdichada patria! ¿Qué sería de ti el día que quedases unida del todo al carro de la revolución italiana? ¿el día que comieses de la fruta prohibida del árbol plantado en aquella tierra por los fundadores del derecho nuevo? Apenas hemos tocado á este árbol y ya sentimos los efectos del divino anatema. Y á la verdad, ¿quién que recuerde las misteriosas relaciones del universo físico y del moral, de las revoluciones de la naturaleza y del desorden de la culpa, no reconocerá el dedo de Dios en el tremendo azote del cólera que ha diezmando y sigue diezmando la población española? Tros veces nos ha visitado el Señor en su justa ira en tres épocas de triunfo para la revolución; y una de ellas ha sido el año que acaba de pasar. ¡Y si hubiera sido la epidemia el sólo indicio de la cólera celest! Pero con ella vino sobre España males todavía mayores; porque dejando aparte la disminución considerable del crédito de nuestra hacienda, las quiebras y ruinas originadas de ella, el desamparo de una parte de los trabajadores, que viven del salario de cada día, y fijados tan sólo en los desórdenes morales, ¿quién no ha oído batir sus alas al genio del cisma y de la blasfemia? ¿quién no se ha espantado ante el espectáculo del suicidio? ¿quién no ha temblado ante el cuadro de luto y desolación que comenzó á dibujarse en el horizonte de nuestra patria?



La misma augusta Señora, cuánto no ha padecido desde entonces!... Pero corramos un velo sobre tan doloroso cuadro, y volvamos los ojos á donde sólo pueden ponerse sin duelo, á la nación y á la Iglesia.

La nación española, mucho tiempo há divorciada de sus Gobiernos en el órden de las ideas y de los sentimientos, no ha querido participar de la responsabilidad contraída por el ministro O'Donnell delante de Dios y delante de los hombres, por toda la prolongación de los tiempos futuros, reconociendo el reino de Italia maldecido; no ha querido que su hermosa historia quedase oscurecida con esa mancha, ni que sus tradicionales sentimientos de fidelidad á la patria para con el Padre común de los fieles, perseguido y atribulado, dejase de brillar en los momentos angustiosos de la defección oficial, y aun antes y después de consumarse en nuestro suelo el acto del reconocimiento. Honra será para siempre de la nación de San Fernando y de la primera Isabel haber clamado primero porque el Gobierno de la augusta Señora que ha sucedido en el Trono á tan ilustres antecesores, no diera tan infausto pasc; y haber protestado después de su amor, de su adhesión inquebrantable á la Santa Sede, acompañando con obras las palabras, mostrando con el sacrificio de los intereses el ardor interno de su fe generosa y de su acendrada fidelidad. La historia registrará con noble orgullo este hecho, verdaderamente histórico y solemne, con que la nación por excelencia católica se ha esforzado en reparar la afrenta que se ha inferido su Gobierno al unirle con lazos de amistad con un reino de farsa y de mentira, obra sacrilega de sectarios, enemigos de toda ley divina y de toda sociedad divinamente ordenada.

Como á la Iglesia española, ¿quién no siente el pecho conmovido de admiración y entusiasmo viendo la unidad de su fe y de sus obras, la unanimidad y el valor de sus peticiones y protestas, la constancia y firmeza con que salen sus Principes en defensa de la doctrina que han recibido, la resolución y denuedo con que combaten los errores dominantes, la magnanimidad con que denuncian y condenan las palabras del poderoso, que pueden ofender la pureza de la verdad católica, y en suma la fuerza divina que resplandece en su valerosa actitud ante las potestades del mundo conjuradas contra la Cruz de Cristo, y singularmente contra el Romano Pontífice, centro de unidad y de vida, piedra angular de la verdadera civilización? Cuando en medio de tantas sombras se ve resplandecer esta luz tan hermosa y apacible, el noble pecho español, es decir, católico, se llena de esperanza y de consuelo; y no se acierta á comprender cómo puede dar en el abismo del error y del mal una nación regida en lo espiritual por tan preclaros pastores.

Ha aquí, pues, el fundamento de la esperanza que nos anima al comenzar el año. Las causas de nuestra decadencia, los escándalos que nos afligen, los errores que vician la prensa y la enseñanza y se deslizan como serpientes venenosas por el seno de nuestra patria, y por último la política á cuya sombra viven y dan la muerte á muchos, cuyos enseñoreados de las cosas públicas é imponiendo su durísimo yugo á los individuos y á los pueblos; pero las circunstancias que favorecen su accidental prepotencia, son de suyo transitorias y aún fugaces, como todo lo que procede de fuerzas puramente humanas, que hacen sus obras sobre la arena movediza de opiniones falaces é intereses instables. En cambio, el germen de nuestra futura grandeza, depositado en las entrañas de la sociedad española y guardado religiosamente por la Iglesia, posee una virtud divina, superior en intensidad y duración á todos los obstáculos suscitados por el genio del liberalismo, y capaz de convertirse, cuando las circunstancias varíen, en árbol de vida á cuya sombra pueda reanudar la nación española la historia de sus glorias y grandezas pasadas. ¿Qué instante será este? ¿veremos por ventura apuntar siquiera la aurora del nuevo día en el año que hoy comienza á correr? Problemas son estos que no es poderosa á resolver toda la sabiduría de los hombres y mucho menos la nuestra. Bien que su solución teórica carece de toda importancia. Secundemos cuanto esté de nuestra parte los designios de la Divina Providencia, resistiendo con las armas de la fe y de la caridad las fábulas del racionalismo y del liberalismo, de los errores que matan el entendimiento y el corazón, y amenazan herir también de muerte á la sociedad; cultivemos por nuestra parte el precioso germen de toda virtud que nos legaron las generaciones pasadas, y arrojemnos confiadamente el cuidado de nuestra futura regeneración en el seno de la Providencia.

JUAN MANUEL ORTÍ Y LARA.

## AÑO NUEVO.

De algún tiempo á esta parte se va introduciendo en España la exótica costumbre de celebrar con regalos, agnaldos y visitas el primer día del año. Esta moda, además de extranjera, es de origen puramente pagano. Los españoles rancieros, el pueblo español, que es aún el mismo de los pasados siglos, y cuantos como él piensan y sienten aunque pertenezcan á las clases más elevadas de nuestra sociedad, celebran en el templo y fuera de él con muestras de alborozo el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, se dan las pascuas al saludarse por escrito ó de palabra, se felicitan mutuamente en las Pascuas de Natividad.

He aquí un hecho sencillo que es una prueba

más de que las verdaderas costumbres españolas, todo lo que constituye la vida, la fisonomía y el carácter de nuestra nación, ha salido del Catolicismo, como salen la planta de la semilla, y el río de sus manantiales.

Felicítase por haber vivido un año más y desearse vida y prosperidad para otro año, cosa es en verdad racional y buena; nadie puede reprobarla; pero hay otra cosa más pura, más perfecta y por consiguiente más católica, que es felicitar por el nacimiento del niño Jesús, por la aparición entre los hombres del Verbo hecho hombre, por la redención del género humano. La primera idea tiene algo de carnal y de egoísta; parece como que limita nuestras aspiraciones á pasar unos cuantos días más sobre la tierra de peregrinación y destierro; parece como que circunscribe nuestra felicidad al bienestar material del individuo: la segunda idea, la idea cristiana, la idea católica y española es puramente espiritual, tiene una exquisita fragancia de caridad, es, si se nos permite este neologismo, verdaderamente *humanitaria*, es universal porque abraza cielos y tierra.

Regocijándose el hombre por el nacimiento del niño Dios, felicita á las generaciones que durante cuatro mil años vivieron en cautiverio; felicita á los Santos de la antigua ley, que en el seno de Abraham estaban esperando el Santo advenimiento; felicita á la Iglesia, á la generación presente y á las generaciones futuras; felicita á la naturaleza entera trastornada y herida por la culpa del primer hombre; felicita á los bienaventurados todos; felicita á los ángeles que fueron los primeros en cantar: *Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad*.

Para el español rancio, para el español verdadero, haber arrastrado su existencia un año más por este valle de lágrimas, sólo con elevada intención, sólo por cierta sublime manera, puede ser motivo de regocijo; el acontecimiento consolador bajo todos aspectos, el que sobre todos merece cordial enhorabuena, es ver cubiertos los campos con el rocío del Justo y abierta la tierra para germinar al Salvador.

Así con todas nuestras cosas, así se encuentra en todo lo español, lo católico, es decir, lo más perfecto en santidad, lo más alto en filosofía, lo más grandioso que puede concebir el entendimiento humano, lo más tierno y amoroso que puede sentir un corazón inflamado por el fuego de la caridad.

España, esa España sistemáticamente menospreciada por la falsa filosofía, esa España á quien los bárbaros de la civilización moderna llaman poco ilustrada, tiene en lo que es suyo, en lo que real y verdaderamente le pertenece, en todo lo que es castizo y nacional, tiene, repetimos, una alta manera de pensar y sentir, que deja atrás, muy atrás, á los conceptos y sentimientos de las demás sociedades, no tan completamente moldeadas como ella en la turquesa de toda perfecta sociedad. Casi puede decirse de nuestra patria, que Dios no hizo tal á otra nación, y si esto es cierto, casi puede vaticinarse que nación tan singular, tiene destinos providencialmente singulares, destinos altísimos que á nuestra pequeñez no es dado determinar, pero que pueden entreverse vagamente, si se consideran como precursores de futuros hechos, los grandes hechos del descubrimiento del Nuevo Mundo, y su conquista para el Catolicismo y la unidad religiosa, con tan heroico tesón mantenido por el inmortal Felipe II.

Todos cuantos esfuerzos hagamos por conservar nuestras gloriosas tradiciones, y perpetuar las hermosísimas costumbres del pueblo español, nacidas del Catolicismo, será contribuir eficazmente á que nuestra patria no se desvíe del derrotero que le ha trazado la Divina Providencia, á que tenga vida propia y conserve su puesto de honor y de privilegio entre las naciones europeas, á que no llegue un día en que podamos temblar por nuestra independencia.

sublime ejemplo que dió nuestra nación el año de 1808, no se podrá repetir si pierde sus buenos usos y costumbres, que son manifestaciones externas de su vitalidad, de su vigor, de su fuerza y hasta de su honra.

Corromper nuestro idioma, afrancesar nuestras leyes, borrar nuestras tradiciones, y viciar nuestros hábitos, y sobre todo combatir el Catolicismo, de donde arranca el germen de vida nacional, es trabajar contra la independencia del país, es demoler poco á poco las fortalezas que la defienden.

Tal es, sin embargo, la obra emprendida por el liberalismo afrancesado ayer, germánico hoy, y todo menos español mientras subsista.

Pongámonos, pues, en guardia contra toda nueva costumbre contraria al espíritu que informa á la nación española y conservando las antiguas, haremos más por la independencia del país que derrotando ejércitos extranjeros en el campo de batalla.

Retiramos gran parte del original que teníamos compuesto para dar cabida al importantísimo escrito del venerable Sr. Obispo de Pamplona, prohibiendo bajo penas canónicas, la lectura del artículo *Desagravios* y los números hasta ahora publicados de *El Progresista Navarro*, periódico que sale á luz en aquella capital. Dice así:

EDICTO.

NOS EL DOCTOR D. PEDRO CIRILO URIZ Y LABAYRU, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE PAMPLONA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, DEL CONSEJO DE S. M. ETC.

A nuestro venerable Clero y á todos fieles, salud y bendición.

Llamado á cumplir un gravísimo deber de nues-

tro ministerio, para cuyo desempeño no nos dió el Señor espíritu de temor, sino de fortaleza, y de caridad y templanza, como advierte el Apóstol á los Obispos; confiamos en que nuestros amados diocesanos nos prestarán atento oído y consiguiente docilidad de corazón, cuales Nos mismo prestamos al precepto que hemos recibido de guardar la forma de las santas palabras de la fe, y conservar el buen depósito de ella.

En el aviso Pastoral de 28 de Octubre último, predicamos nuevamente los principios salvadores y civilizadores del Catolicismo, y exhortamos y reprendimos con todo imperio, en conformidad al mandato del Apóstol (ad Titum c. 2), á aquellos que observamos desviados del camino de la verdad; y hasta ahora no hemos logrado el consuelo de que nuestros avisos fueran atendidos como nos habíamos propuesto.

*El Progresista Navarro*, periódico que se publica en esta capital, cuyas doctrinas señalamos como opuestas á las doctrinas de la Iglesia católica, ha continuado á pesar de todo proclamando, en términos más ó menos explícitos, la libertad sensual ó de la conciencia, la de cultos, la de enseñanza, el ateísmo del Estado, y el desacato á la autoridad del Vicario de Jesucristo, con marcadísimas tendencias al cisma y la herejía: ha combatido, cual pudiera hacerlo el más encarnizado enemigo de la Iglesia, las santas misiones y los jubileos, las exposiciones que hemos hecho los Obispos con los fieles contra el reconocimiento del despojo de los Estados Pontificios, y por fin hasta las limosnas que, bajo el nombre de *Dinero de San Pedro*, dedicamos al socorro (que á ningún necesitado niegan los católicos) de ese grande y Augusto Pobre, el más Santo y respetable anciano de la tierra, nuestro Padre espiritual y el adorado Vice-Rey de nuestras almas: ha sido melado de la dignidad y autoridad episcopal osando negar la segunda, sin reparar para ello en contradicciones las más lastimosas, cuando el Obispo procede gubernativamente á las censuras por providencia preventiva, y no por sentencia judicial, lo cual es tan conforme al espíritu que debe regir á la aplicación de las leyes penales eclesiásticas, ha insultado á los Obispos tomando con mucho gusto de otros periódicos frases tan groseras y soeces que la pluma se resiste á reproducir, y bajo la fraseología de *teocracia ignorante y soberbia*, y otras á ese tenor, no ha vacilado en inferir á los Prelados eclesiásticos las más indignas ofensas. Si se llamara ese periódico *El enemigo del Episcopado*, creemos que habría acertado de lleno en la elección de título. Pero lo que más ha herido nuestro corazón de Prelado es el espacio de tantos días como hemos esperado á que se reparasen para lo sucesivo con una buena conducta periodística los males que en la censurable anterior se habían perpetrado, ha sido la publicación, en su número 39, de un artículo titulado *Desagravio*, que comienza *Satisfechas* y concluye *drama electoral*; el cual se ha dicho tomado de un diario de Madrid, y sobre cuya producción llamaba *El Progresista Navarro* con marcado énfasis *la atención de los lectores*. Es ese artículo un tejido de hipocresía y sarcástica ironía dirigido á desprestigiar la Iglesia de Jesucristo, su autoridad, su sagrado ministerio, sus dotes, sus caracteres. Es un ataque á su mal disimulado encono y despecho contra el Clero, contra el Sumo Pontífice cuya dignidad y autoridad se ridiculizan con falaces apreciaciones históricas; contra la moral de la Iglesia católica, que en el artículo se califica de absurda, hipocrita y anti-social; y por último, contra todo el Catolicismo en peso, al que se amenaza con la extinción para dentro de breve tiempo.

Vemos con pena hacia algunos días que la Religión en España, á pesar de los cuatro primeros artículos del Concordato, que es ley del reino, es con singular recrudescencia el objeto del público ludibrio y escarnio de aquellos periodistas, que por punto general hacen de ello el grande objeto de la *ilustración, progreso, civilización*, etc. que ofrecen á los pueblos, y se mita y subvierte así todo órden religioso y social; pero no se nos ocurra imaginar que en España, ya que no fuera sino por urbanidad, por decencia pública y hasta por buen gusto, se viese ahora á pretender dar vida al hediondo cadáver del jansenismo y de la enciclopedia. No esperáramos esto por cierto, y más que se publicaran esos infames libelos en el seno de este católico país, á la vista del Prelado, en presencia de las autoridades todas y ante un pueblo cristiano, noble y discreto, que imposible haya tenido una sola voz de simpatía para tamaña maldad, ni haya oído otra que la que le dedicaron al siguiente día los redactores de *El Progresista Navarro*.

Hemos padecido á la censura de entendidos y graves teólogos el escrito en cuestión, y oído su parecer conforme con el juicio que de él habíamos formado, sepase que en uso de nuestra autoridad ordinaria, venimos en condenar el expresado artículo *Desagravio* como comprensivo, en estilo irónico, de «proposiciones calumniosas é injuriosas al Clero; falsas y sostenidas con apreciaciones «gratuitas é impropias, irreverentes y calumniosas «contra los Sumos Pontífices, y singularmente falsas, injuriosas y escandalosas contra Pio IX que actualmente gobierna la Iglesia; sediciosas, y deprisivas de la autoridad papal, y cismáticas; «sapien- «tes havesim en lo que se refiere al *Syllabus*; sus- «pectas á intereses en lo concerniente á la duración de «la Iglesia; y falsas de decencia en cuanto habla de la «Tercera Persona de la Santísima Trinidad y en su consecuencia prohibimos su lectura á los fieles de nuestra diócesis bajo las penas canónicas establecidas por derecho, y mandamos á los mismos no retengan ejemplar alguno del expresado número 39 de *El Progresista Navarro*, sino que ó los inutilicen desde luego, ó los entreguen á este fin á los respectivos Párrocos ó confesores. Igualmente, en consideración á la actitud costumaz con que el mismo periódico sostiene las doctrinas perniciosas de que le amonestamos en nuestra citada Pastoral, y hemos arriba recordado, de manera que desde la publicación de ella hasta la fecha no hay número que no contenga especies censurables, reprobamos y condenamos, en uso de nuestro derecho y cumplimiento de nuestro sagrado deber, todas las continuadas en estos días; prohibimos á nuestros diocesanos la retención de los números que van publicados, y les prevenimos bajo las indicadas penas que ó los inutilicen por sí mismos, ó los entreguen á los Párrocos para que ellos lo verifiquen.

Con el Santo Apóstol cuando escribía á los Romanos os recordamos ahora que á todos debemos atención ó servicio, y por consiguiente estamos obligados á pagar á cada cual lo que se le debe: á quien tributo, tributo; á quien temor, temor; á quien honra, honra. Á Dios, venerables hermanos y amados hijos en Jesucristo, e debemos los oficios de la Religión; y entre ellos del modo más principal el razonable obsequio de nuestra fe. Si el degradado que niega á Dios, en el interior de su alma, le reconoce y confiesa; nosotros, los que le conocemos por sus palabras, los que le vemos en sus obras, los que le adoramos en sus santos, no hemos de conseguir en rehusarle un solo instante ni en acto alguno de nuestra efímera vida, el tributo de la fe que exige de nosotros, por ser la fe la raíz de nuestra unión con la Divinidad, el pacto solemne de la Divinidad, con los hombres, sea el cual es imposible agradecerla.

Si el hombre físico depende, aunque no quiera, de la acción de las leyes establecidas por el Sumo Macedor para el ordenado movimiento y carrera de los seres, el hombre moral, que es la verdadera imagen de Dios y el objeto privilegiado de las atenciones de su Providencia, tampoco puede sustraerse de la ley moral sin violentarlo todo y atraerse los tormentos y penas consiguientes al ocasionado desorden. No tocáremos al fuego sin quemar al cuerpo; tampoco romperemos nuestra fe sin corromper y condenar el alma. Ved lo que es la inclinación de la fe aun en el órden natural: hasta los malvados la exigen como principal garantía de sus actos; y cuenta que, criaturas de un día como son, llegan también á hacer uso de la eternidad de las penas, pues castigan con la muerte al que es infiel á sus juramentos, del mismo modo que al enemigo cuando de él hacen presa.

A los católicos no nos habla ningún Gran Oriente como á los francmasones, ni ningún presidente como á los demas agitadores de la sociedad: más libres que todos ellos, con la libertad que Cristo nos ha redimido, no oímos para el gobierno de nuestras conciencias otra voz que la voz de Dios. Después de prestar á las legítimas potestades de la tierra la sumisión y obediencia que les debemos, no es ningún hombre, —llámese Cromwell ó Napoleón,—el que dicta leyes á nuestras almas y nos impone á su arbitrio las creencias: es Dios nuestro Señor, nuestro Criador, nuestro Salvador y Glorificador, el que habiendo hablado muchas veces y en muchas maneras á los Padres en otro tiempo por los Profetas, últimamente nos ha hablado por el Hijo, al cual constituyó heredero de todo, por quien hizo también los siglos: el cual siendo el resplandor de la gloria y la figura de su sustancia, y sustentándolo todo con la palabra de su virtud, habiendo hecho la purificación de los pecados, está asentado á la diestra de la Majestad en las alturas.» (Ad Hebr. c. 1.) «No nos hemos prendado de doctas ó ingeniosas fábulas, como dice el Apóstol San Pedro, «non enim doctas fabulas secuti,» sino que contemplamos la majestad de Nuestro Señor Jesucristo, que á nuestros ojos recibió de Dios Padre honra y gloria, cuando descendió á él de la magnífica gloria una vez de esta manera: Este es mi hijo, el amado con quien yo me he complacido; á él oíd.»

No puede ser más evidente el origen de, nuestra fe. Todo lo que ella tiene de profundo é ininvestigable en sus misterios, tiene de claro, demostrable y convincente en sus títulos, y en los medios, que nos han proporcionado su feliz adquisición. Por esto el católico, que no lo es de conveniencia, sino de sentimiento y verdad, no de sólo nombre, sino que piensa, habla y obra á los suaves impulsos de la gracia de nuestro buen Dios, no vacila en admitir los misterios de la Religión, tales como Dios los ha enseñado, y la Iglesia nuestra Madre nos propone en su inagotable infalibilidad, asistida como se halla hasta la consumación de los siglos por la virtud del Divino Espíritu; y ved ahí cómo la fe del católico es tranquila, sencilla y humilde; ved ahí cómo al verdadero católico no le ocurre nunca emplear su limitado razon que le dió el Criador para otros fines, en investigar los secretos de la Divinidad para no ser oprimido de su gloria; ved también por qué el buen cristiano desecha, escuchando al Apóstol, «las cuestiones necias, los debates y disputas sobre la ley; porque son inútiles y vanas.» (Ad Titum.) Y advertid, que cuanto mas ilustrados seas en materias de Religión, tanto mas segura y mas inocente será vuestra fe. Tendréis entonces la fe del niño, que dice el Salvador es la que abre las puertas de los cielos. San Agustín, el águila de los doctores, esa clarísima lumbrera de todos los siglos, que con tan admirable acierto sabía distinguir lo que era superior á la razón de lo que era contrario á ella, no vacila, nada es para él difícil de creer una vez cerciorado de la veracidad del que le habla. A la voz de Dios comunicada por el Papa, da fin á todas sus dudas y cuestiones. ¿Y de dónde procedió en San Agustín esa feliz disposición de su alma, que le atrajo las luces superiores de la fe? Aquel sabio que abandonado antes á su sola razón gemía y exclamaba: «¿Cómo es que se elevaban los indoctos y se apoderan del cielo; y nosotros con todas nuestras teorías, descorazonados, hé aquí que nos revolcamos en la carne y en la sangre?» Pronto tuvo la dicha de conformarse con aquellas penetrantes palabras del Apóstol: «No en glotonerías y embriagueces, no en sensualidades y disoluciones, no en pendencias y envidias; mas vestidos de nuestro Señor Jesucristo.» (Ad Rom. c. 13.)

Si queréis, pues, amados diocesanos, conservar ese don precioso del cielo, que se llama la fe, que no es ninguna convicción científica, sino la gracia con que Dios conforta y robustece la debilidad del entendimiento humano para recibir sus sublimes sobrenaturales verdades, oíd al Apóstol, imitad al grande Obispo de Hipona. Sed dóciles á la voz de la Iglesia, sed como siempre os decimos, y no nos cansaremos de repetiroslo, católicos y nada más que católicos. Huid de los tumultos de las pasiones, huid de la corrupción de nuestros tiempos; huid sobre todo de esos falsos profetas y falsos doctores, de quienes nos habla San Pedro, que introducen sectas de perdición y niegan á aquel Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos apresurada ruina; no leáis sus periódicos, no os suscribáis á ellos, no contribuyais tomando acciones en sus empresas, ni con género alguno de trabajo manual: os lo rogamos por las entrañas de Jesucristo, en las que tanto os amamos, y os lo prescribimos y ordenamos en uso de nuestra potestad como Obispo y Pastor de vuestras almas. El que no oye al Obispo no oye á Dios, y el que no está con el Obispo está contra Dios. Escrito está en los Santos Evangelios.

Bien podeis recordar lo que á este propósito advertimos hace un año, en nuestra Carta Pastoral de 12 de Diciembre de 1864: «Prevenimos á todos nuestros diocesanos, ó decíamos, que no agardaran para inutilizar ó desechar cualquier impreso á que expresamente y por su nombre lo condenamos, si bien lo haremos de cuanto censurables caigan en nuestros brazos: los basta aplicar las reglas del Índice

que e tamponamos en el núm. 22 del *Boletín*; y para los periódicos muy en particular las que se refieren á los escritos que se proponen difundir el ateísmo, amoralismo, deísmo ó otra doctrina anti-católica; los que favorecen el indiferentismo; los contrarios á la disciplina de la Iglesia católica, ó que impugnan su gearquía, y los que contradicen la autoridad legislativa de la misma.» Prohibimos la circulación y lectura de tales impresos en todo el territorio de nuestra diócesis, y mandamos á los Párrocos desplegar un prudente celo para separar de manos de los fieles tan pestilenciales producciones.

«No entre ninguno en pacto con los enemigos de su alma; y no olviden los fieles, que se precian de cristianos, que no cumple con el deber natural, ni con el de la obediencia á la Iglesia el que á sabiendas de que un libro es malo, ó de que un periódico es escandalo, se permite contra los dogmas de la Religión, contra los Sacramentos, contra la autoridad de la Iglesia, contra los preceptos del Evangelio, ó los ministros de Cristo, lo compra ó recibe por suscripción, lo lee, dálo á leer á otro, ó siendo padre de familia permite que entre en sus casas el expendedor de esos papeles que neponzoñan el corazón y el alma de los hijos.

«Absteneos también, añadamos, de la lectura de novelas inmorales que corrompen la inocencia, é infiltran el vicio en el corazón; rasgad antes de mirárlas, ó fijar en ellas la vista, esas caricaturas ridículas y figuras obscenas que, multiplicadas por la fotografía, se expenden por emisarios encargados de introducir las hasta el hogar doméstico de la más humilde cabaña; escuchad la voz de vuestro Pastor, que en el último período de su vida os advierte de los peligros en que puede naufragar vuestra inocencia y vuestra fe, y la inocencia y fe de vuestros hijos y domésticos.»

Escuchad la voz desinteresada de vuestro Obis, que aparecen como mismo que hemos trascurrido repetimos hoy como pasados años, si cabe, en vista de las creces que toman en estos el escándalo de la prensa irreligiosa en España, cuyos alaridos arrancan ayes de dolor á la Iglesia, y lágrimas del corazón á todas las personas sensatas que de veras se interesan por la prosperidad de los pueblos. No se nos alcanza qué especie de beneficios se prometen á un pueblo á quien se le pretende herir en la Religión, ni qué venturoso porvenir pueda aguardarle cuando la Religión es perseguida y deshonrada. Los que trabajan por debilitar en España la virtud de la Religión, lo que deprimen su influencia, escarnecen sus actos y atropellan á sus ministros, no quieren ciertamente el bienestar de los pueblos. Las filosofías más despreocupadas han tenido siempre un lucido intervalo para declarar que si fuera posible hallar un pueblo sin Religión, no se diferenciaría mucho de las bestias; y por esto en su lenguaje resuelto, Maquiavelo, á quien no se recusará por fanático, llamaba á los que destruyeron la Religión «hom- «bres infames, y detestables destructores de los reinos y de las repúblicas.» El mismo Napoleón I en un discurso que dirigió al clero de Milan, en 5 de Junio de 1800, deja escapar esta confesión solemne: «Per- «suadido de que la Religión católica, apostólica, romana es la única que puede procurar la verdadera bene- «dición á una sociedad bien ordenada, y solidaria las «bases de un Gobierno, os aseguro que me aplicaré á «defenderla en todos los tiempos y por todos los me- «dios.» Y concluía: «A vosotros, ministros de esta «Religion, que ciertamente es también la mia, os consi- «dero como mis queridos amigos, y os declaro que «stratado como perturbador del reposo público y ene- «migo del bien común, y sabré castigar como á tal, «de la manera más rigurosa, y hasta si es menester «con la pena de muerte, al que dirija el menor in- «sulto á nuestra comun Religión, y al que se atreva á «permitirse el más leve ultraje á sus sagradas per- «sonas.»

Tan cierto es que toda política sabiamente dirigida, que conoce á donde va, y quiere de veras el objeto hacia el cual camina, lejos de divorciarse de la Religión, lejos de oprimirla ó de consentir que nadie la ultraje, por el contrario la abraza, la protege y la exalta como á la joya más preciosa de la grandeza de un pueblo.

Si esta es, pues, la primera incumbencia de un Gobierno recto y benéfico, también estrecha al común de los ciudadanos, y no menos á cada uno en particular. No basta que estos sean religiosos en su fe, en sus costumbres, en su porte y en todas sus relaciones; es necesario que ademas participen de ese celo divino, y santo afán que distingue á los legisladores sensatos. Es causa común, y á todos y á cada uno toca hacer algo de su parte en pró de la comunidad para la conservación de la Religión, para que por todos se preste el debido obsequio y reverencia á la *hija del Cielo*. Quién corrigiendo la blasfemia y la profanación de los días festivos, quién renunciando al juego y á los placeres, quién modificando el lujo, quién por fin apartando de sí los libros malos, los periódicos irreligiosos, las novelas de disipación, harán todos un servicio á Dios y á su patria en negarse á participar en lo más mínimo del público escándalo. La doctrina cristiana nos enseña que cuando el escandaloso peca, muchas veces pecan con él todos aquellos que con su cooperación prestan aliente al pecado; y pecan también los que por omisión y des-cuido dan motivo para pecar, dan facultad para pecar.

Advertido el cristiano de que un libro es malo ¿por qué lo compra? y si le ha comprado ignorando su condición, luego que la conoce ¿por qué no le tira? ¿por qué consiente en su casa un frasco de veneno que le ha de matar el alma á él y á cuantos le tomen? y si se publica un periódico notoriamente impio é irreligioso ¿qué complicidad no es la suya en los delitos de la prensa, si le favorece con su adquisición ó simpatía, y á qué terrible responsabilidad no estará sujeto ante el juez de vivos y muertos el propio cristiano por fomentar de su parte esa fuertísima destemplanza en el escribir? y por último, si en una reunión, junta ó Casino, oye blasfemias y proposiciones malsonadas ó heréticas contra la Religión, ¿cómo culpable será si no se aleja para siempre de esa emponzoñada atmósfera?

Todos, todos, amados diocesanos nuestros, estais llamados á trabajar por la conservación del sentido moral que con tanto conato se esfuerzan algunos seres degradados en pervertir en nuestra patria. No sea ninguno de que se precie de católico quien vaya adelante por esa senda de perdición: obsérvese sino á qué grado se halla la prosperidad y bienestar de los pueblos, que han corrompido sus caminos; y escarminante el discreto en cabeza ajena. El que quiera ser impio sea objeto de compasión y de caridad para nosotros: el que renuncie á la verdad católica rápidamente

«En el primer número de este periódico, el 1.º de Enero de 1866, se publica un artículo titulado «Desagravio», en el cual se hace un ataque personal y calumnioso contra el Sumo Pontífice, Pio IX, y contra la Iglesia católica, y se le atribuyen las más graves ofensas. Este artículo, que es una obra de infamia, ha sido publicado en el número 39 del periódico «El Progresista Navarro», y se le ha dado a conocer al público por medio de un cartel que se ha colocado en la puerta de la casa de este periódico. El Sumo Pontífice, Pio IX, es el más santo y más querido de los Papas, y es el jefe de la Iglesia católica. El Sumo Pontífice, Pio IX, es el más santo y más querido de los Papas, y es el jefe de la Iglesia católica. El Sumo Pontífice, Pio IX, es el más santo y más querido de los Papas, y es el jefe de la Iglesia católica.

«En el primer número de este periódico, el 1.º de Enero de 1866, se publica un artículo titulado «Desagravio», en el cual se hace un ataque personal y calumnioso contra el Sumo Pontífice, Pio IX, y contra la Iglesia católica, y se le atribuyen las más graves ofensas. Este artículo, que es una obra de infamia, ha sido publicado en el número 39 del periódico «El Progresista Navarro», y se le ha dado a conocer al público por medio de un cartel que se ha colocado en la puerta de la casa de este periódico. El Sumo Pontífice, Pio IX, es el más santo y más querido de los Papas, y es el jefe de la Iglesia católica. El Sumo Pontífice, Pio IX, es el más santo y más querido de los Papas, y es el jefe de la Iglesia católica. El Sumo Pontífice, Pio IX, es el más santo y más querido de los Papas, y es el jefe de la Iglesia católica.







Para la que ha de examinar las cuentas generales del Estado á las señoras conde de Torre-Marín, don Manuel de Sierra y Moya, D. Acisclo Miranda, don Alejandro Oliván, D. Manuel García Barzanillana, D. José Sánchez Ocaña y conde de Cerrajería.

Para la de contestación al discurso de la Corona á los Sres. D. Manuel de Guzmán, marqués de Guadalupe, marqués de Valdeharriz, D. Francisco Luchán, D. Joaquín Barroeta Aldamar, D. Manuel Ortiz de Zúñiga y marqués de Miraflores.

El Senado quedó enterado de que la comisión que ha de informar acerca del proyecto de contestación al discurso de la Corona había elegido presidente al señor marqués de Valdeharriz y secretario al señor marqués de Guadalupe.

El Sr. PRESIDENTE. No habiendo más asuntos en que poder ocuparse el Senado, se avisará por papeletas para la primera sesión.

Se levanta la sesión.

Eran las tres y media.

## CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RÍOS Y ROSAS.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 30 de Diciembre de 1865.

Abierta á la una y cuarto, se leyó el acta de la anterior y quedó aprobada.

Pasó á la comisión de actas una exposición de electores de Mula contra la validez de las actas de dicho distrito.

Igualmente pasaron á la comisión otras protestas de electores de Navarra y Soria, relativas á las elecciones de estas provincias.

## ÓRDEN DEL DÍA.

### Actas.

Leído el dictamen relativo á las actas de los señores que componen la comisión auxiliar, dijo

El Sr. LOPEZ ROBERTS: Habiéndose presentado algunos documentos contra las actas de Sevilla y Almería, la comisión retira el dictamen sobre estas actas y sobre la admisión de los Sres. Toro y Moya y Bedmar.

Sin más discusión fueron admitidos diputados los señores D. Casimiro Polanco, D. Francisco Romero Robledo, D. Antonio Mená y Zorrilla, D. Manuel Torrecilla y D. Antonio Mendiz de Vigo.

Leído el dictamen relativo á las actas de los señores que componen la comisión permanente, dijo

El Sr. POLANCO: Recibió la comisión ayer documentos sobre la elección de Guipúzcoa; y sin prejuzgar su validez, y atendiendo á la delicadeza exquisita del Sr. D. Fermín Lasala, electo por esa provincia, la comisión retira el dictamen sobre estas actas.

El Sr. TORRECILLA: Por razones enteramente análogas la comisión retira el dictamen relativo á la elección del Sr. Nuñez de Prado.

Sin más discusión quedaron admitidos y proclamados diputados los Sres. D. Antonio Udaeta, conde de Llobregat, D. Jacinto Balmaseda y D. Mauricio Lopez Roberts.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para el martes: lectura de dictámenes.

Se levanta la sesión.

Era la una y media.

## VARIEDADES.

### EL NACIMIENTO DEL SALVADOR DEL MUNDO.

Con este título se nos ha remitido el precioso artículo que á continuación insertamos. Aunque algo tardío, no dudamos que nuestros lectores lo verán con gusto, pues refleja la belleza del asunto y lo exorna con reflexiones tomadas de la filosofía de la historia cristiana. Sabemos que es un joven profesor el autor de este artículo, que acaso sea la primera muestra pública de su estilo. Si así fuere, séanos lícito felicitarle por tan excelentes principios y animarle para cosas mayores en razón de la forma, ya que no es posible subir con la consideración á más alto objeto. Dice así:

«Gloria á Dios en las alturas y en la tierra; paz á los hombres de buena voluntad.» Al eco dulce y consolador de estas celestiales palabras se consumaba hace diez y nueve siglos el hecho más bello y más grande que podían contar las edades, el acontecimiento más importante y más sublime que podían presenciar las generaciones. El reparador del linaje caído, el deseado de las gentes, el tantas veces y por tantos modos anunciado por los patriarcas y por los profetas, el autor de la nueva ley de amor, el hijo de Dios nacía oculto en la vida mortal en un miserable establo de Belén.

Habiéndose cumplido los tiempos y el mundo estaba dispuesto, según las eternas designaciones del Todopoderoso, para recibir al único capaz de redimirle y levantarlo. Sujetada á un solo cielo todas las naciones, regidos los destinos del orbe todo por Augusto, habíase cerrado el templo de Jano y todo anunciaba la aproximación de una nueva era de paz y bienestar. La espada siempre victoriosa y el genio organizador del pueblo-rey habían preparado dignamente la unidad en el orden material y civil, pero faltaba al mundo recibir la savia fructificadora de un orden más elevado, y esto no podía encontrarlo entre sus carcomidos elementos, sino que debía bajar de lo alto por un prodigio de la bondad infinita.

Muy necesitado se hallaba el género humano en el concepto intelectual y social, pues que toda la filosofía antigua era impotente para dirigirle y elevarle, y dichosamente á los mortales, y no sabía dar á la inquietud y anhelante sociedad un poco de verdadera y sólida ciencia, ó un átomo de tranquilidad, de firmeza y de ventura. Pero el orden moral sobre todo, la esfera de las costumbres reclamaba principalmente una luz y una fuerza que deshicieran las tinieblas embrutecedoras del paganismo y de la idolatría, y que levantando á la envilecida raza de Adán de su prostración y abatimiento la encumbrara con irresistible aunque amoroso impulso hacia los más altos y nobles destinos. Subvertidas las nociones del bien y de la virtud, el hombre después de adorar á sí mismo había adorado y enaltecido todas las monstruosidades y vicios: borrados ó pagados casi por completo del corazón humano los gérmenes de las buenas inclinaciones, se habían minado hasta los cimientos del orden natural. El remedio á tantos y tan profundos males, no podía esperarse más que del cielo: la Provi-

no desatiende un momento á sus hechuras, y el amor inefable de la Trinidad Santísima produjo el sacrosanto misterio de la Encarnación del Verbo en las entrañas de la más pura y escogida de las Vírgenes.

La humanidad, pues, estaba curada y robustecida; iba á transmitirse á los hombres la vida de Dios, á inocularse la sangre del Cordero divino en el corrompido cuerpo de la raza pecadora para vivificarle y rescatarle; bajaba del Empíreo la única víctima capaz de satisfacer á la justicia divina; y aquel tierno niño, aquel niño-Dios, omnipotente en su abandono y desnudez, iba á reconciliar para siempre al Criador con la criatura, á efectuar un abrazo cariñoso entre el cielo y la tierra. Era á la vez expiación y vida, hostia pacífica y modelo del género humano, satisfacción y enseñanza, reparador divino y sublime Maestro. Venía á salvar al mundo y á apartarle del abismo mostrándole la verdad suprema, pero con la predicación de una doctrina la más opuesta á la que el mundo profesaba, y los magníficos pórticos de Atenas, las orgullosas academias y los foros de Roma, teatro hasta entonces de las ambiciones, presunción y vanidad de los hombres, iban á enmudecer y destruirse ante la buena nueva de la humildad, del sacrificio y de la negación de sí mismo. El cuerpo social y los individuos que estaban coridos por la degradación sensualidad, la soberbia, los odios y el glacial egoísmo iban á ser regenerados con el bálsamo de la pureza, de la mansedumbre y de la caridad.

Los grandes de aquel siglo no podían sospechar la revolución que se realizaba en sus mismos días en un remoto y olvidado rincón de la Judea, ni que desde aquel momento empezasen á extenderse y dominar la tierra ideas tan extrañas como la elección de la pobreza, del padecimiento y del martirio, el perdón de las injurias y el amor á los enemigos.

Tan maravillosa transformación se llevaría á cabo, no á modo de las estruendosas y materiales conquistas de la guerra, sino tranquila y silenciosamente, por un apostolado pacífico y por los medios más sencillos é insignificantes, á no ser divinos. La grandeza y excelencia de la humildad no podía ser enseñada sino por unos labios divinos y por el ejemplo del que siendo Autor de todo lo creado y Señor del cielo y de la tierra, quería nacer en un pobre pesebre, careciendo de todo, y entre los rigores del frío, y sin complacencia en recibir los primeros homenajes de sus sencillos y rústicos pastores. La ciencia del sufrimiento y del dolor, tan necesaria al hombre, atendida su frágil y deleznable condición, no podía ser explicada sino por aquel que, revistiéndose de nuestras miserias, había de ser una lección constante de paciencia y resignación, desde los rugidos del pesebre hasta las agonías del Calvario. Su humillación producía nuestro ennoblecimiento, porque su santa vida y sus méritos inmensos habían de abrirnos las puertas de la gloria, preparándonos un asiento al lado de su Eterno Padre.

Por eso á los gemidos del Divino Infante respondía la tierra alborozada con aclamaciones y espasmos de alegría, y los ángeles en innumerables coros y con suavisimas armonías entonaban himnos de regocijo al tres veces Santo, y cruzando ligeros los aires no cesaban de repetir á los mortales: «¡Aleluya, aleluya! Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»—RAFAEL CANO.

## REMITIDO.

OLMEDO, 27 de Diciembre. —El día 25 de Noviembre último, previo aviso de nuestro dignísimo Prelado, el señor Obispo de Avila, salió de esta villa una comisión de su Clero á la estación de Ataquines para recibir y acompañar á los Padres misioneros, quienes luego que se apearon del tren, intentaban venir á pie según ordenan sus constituciones; pero convencidos del mal estado del camino, efecto de las abundantes lluvias de aquellos días, accedieron subir al carruaje que la comisión de Párrocos les tenía dispuesto.

Serian las seis de la tarde, ó más bien de la noche, cuando los referidos misioneros arribaron á esta religiosa villa, y no obstante la hora avanzada y el frío que entonces hacía, se reunió un número de gentío al resto del Clero, maestro de instrucción pública y niños de la escuela, que los esperaban á la entrada del primer templo, según la dirección que traían; ó sea en la parroquia de San Miguel, donde hicieron la visita al Santísimo y cantaron una Salve á Nuestra Señora de la Soledad, patrona de su villa y tierra, retirándose concluidos estos actos á la habitación que los Párrocos les tenían arregada.

La misión comenzó al día siguiente 26, partiendo el señor Arcipreste procesionalmente con la imagen de Nuestro Señor crucificado desde el convento de Dominicas de Madre de Dios á la parroquia de Santa María, donde se han tenido los sermones, pláticas y demás ejercicios, cuyo templo, uno de los mayores de esta villa, no era suficiente para caber en él todos los fieles que de uno y otro sexo, hasta de algunos pueblos inmediatos, venían solícitos á escuchar la cautiva voz de estos hombres apostólicos.

El día 1.º de Diciembre dió principio el Padre don Diego á unos ejercicios espirituales para los jóvenes y doncellas, que duraron hasta el octavo consagrado á la inmaculada Concepción de María Santísima, en cuya Misa se verificó la comunión de unos y otras; acercándose á la mesa evangélica con ejemplar edificación muy cerca de 400 almas, dando muestras inequívocas de su humildad piedad y cristiana devoción las señoras de este religioso pueblo.

Continuó la misión después en el modo y forma que había empezado hasta el 17, que fué destinado para la comunión general, llegando ya entonces al número de 1,800 las almas que habían conculgado, son contar las que verificaron en otras parroquias, conventos y pueblos inmediatos, por haberse confesado las tardes anteriores en la iglesia donde se hacía la misión; y en la misma tarde se hizo una solemne procesión con su Divina Majestad expuesta sobre el carro triunfal que sale al día del Corpus, asistiendo todas las cofradías y gremios, con muchas encendidas. Y para que nada faltara en esta memorable fiesta de cuanto puede contribuir á darle mayor realce, la circunstancia de haber llegado á esta villa, solo dos horas antes de la procesión el brillante batallón cazadores de Llerena, hizo que sus dignos jefes ordenaran á la música acompañar toda la carrera, haciendo oír sus armoniosos ecos.

Terminada la procesión, nos dió el Padre Clemente la bendición Papal, y acto seguido nos inclinó desde el púlpito las más eficaces reglas de perseverancia, despidiéndonos de todos con un patético discurso, que hizo verter lágrimas de ternura y prorumpir en sollozos al numeroso auditorio.

También las religiosas de los cuatro conventos de esta villa oyeron en sentidas pláticas á estos celosos misioneros, y hasta los enfermos é imposibilitados del hospital y casas particulares fueron visitados y confesados por los mismos; igualmente los pobres encerrados tuvieron unos ejercicios espirituales que les dieron en la sala de audiencia, convertida en capilla por los esmerados funcionarios del orden judicial, á donde se llevó procesionalmente la Sagrada Comunión el día 21 del que rige, después de haberla administrado á los enfermos en sus casas y en el hospital.

Finalmente, en la tarde del mismo día 21 partieron los referidos misioneros desde la iglesia de Santa María, hecha la visita al Santísimo, para Ataquines, acompañados de un numeroso gentío que les siguió más de una legua, y algunos honrados vecinos continuaron á pie como iban aquellos señores, rezando el santo rosario, hasta tener el gusto de oírles predicar en la parroquia del mencionado Ataquines.

No es fácil, señor director, poder decir cuánto fruto ha producido entre nosotros esta misión, porque sólo Dios es capaz de ver la realidad; sin embargo, reflexionando sobre las muchas confesiones que se han verificado, y los libros prohibidos que se recogieron, cuyo número me abstengo mencionar porque no se irriten demasiado los im los, podemos asegurar que ha sido copiosísimo.

El Señor se digne conservar este resultado y la salud de tan celosos misioneros, para que otros pueblos sientan igual beneficio que nosotros.—PEDRO CARBAJO.

## LOTERIA NACIONAL.

LISTA DE LOS NÚMEROS PREMIADOS EN EL SORTEO CELEBRADO EL DÍA 30 DE DICIEMBRE DE 1865.

Con 40,000 escudos. . . . . 1135  
Con 16,000 escudos. . . . . 7740  
Con 8,000 escudos. . . . . 8452

### Con 2,000 escudos.

1111 6294 6964 15320 23782 23934  
24354 33382 3646 36429

### Con 1,000 escudos.

4541 6445 8591 9068 9498 10486  
18771 22853 22921 27241 31940 38354

### Con 400 escudos.

1313 4135 4518 8016 8158 8381  
11277 12401 13510 17436 17970 17980  
19092 19313 21033 22223 24348 24403  
27345 27816 29794 30670 32575 36202  
38500

### Con 100 escudos.

83 419 464 287 301 444  
532 554 563 632 640 677  
707 842 969 981

1048 1050 1158 1186 1197 1209  
1221 1246 1273 1306 1339 1347  
1352 1400 1409 1429 1516 1530  
1569 1694 1640 1748 1803 1833  
1834 1920 1952 1995

2026 2032 2056 2059 2108 2145  
2211 2215 2410 2432 2502 2633  
2671 2692 2717 2777 2792 2825  
3889 2943 2677

3022 3064 3065 3124 3129 3145  
3215 3262 3314 3324 3372 3378  
3401 3448 3529 3532 3562 3567  
3638 3658 3790 3808 3809 3828  
3887 3912 3939 3944 3950

4012 4072 4082 4187 4208 4277  
4327 4419 4458 4539 4549 4624  
4680 4799 4820 4841 4869 4870  
4952

5009 5039 5062 5129 5153 5154  
5216 5226 5291 5330 5334 5335  
5343 5398 5415 5416 5424 5435  
5515 5556 5716 5736 5765 5773  
5809 5861 5875 5916 5970

6125 6218 6230 6248 6119 6371  
6374 6410 6425 6427 6478 6493  
6516 6542 6546 6548 6563 6712  
6721 6753 6766 6819

7015 7067 7093 7106 7146 7173  
7230 7241 7284 7343 7352 7358  
7372 7418 7426 7440 7462 7519  
7588 7603 7654 7760 7774 7809  
7835 7842 7870 7871 7874 7940

8007 8034 8051 8092 8101 8103  
8149 8206 8232 8237 8269 8281  
8288 8398 8407 8415 8431 8459  
8472 8476 8487 8513 8577 8585  
8607 8641 8691 8775 8796 8828  
8877 8897 8906 8923 8965 8979  
8996

9072 9087 9106 9285 9315 9346  
9359 9405 9479 9489 9634 9717  
9725 9734 9770 9830 9844 9879  
9902 9981

10068 10140 10160 10169 10183 14325  
10326 10329 10352 10380 10408 10457  
10504 10658 10815 10721 10769 10777  
10789 10800 10983

11039 11085 11083 11101 11157 11193  
11206 11224 11259 11278 11422 11508  
1163 11602 11608 11619 11664 11670  
11674 11704 11717 11735 11743 11944  
11971 11988

12005 12036 12050 12114 12117 12134  
12144 12153 12200 12231 12258 12271  
12305 12359 12362 12379 12386 12424  
12430 12468 12475 12489 12517 12526  
12576 12596 12611 12639 12696 12731  
12794 12798 12801 12837 12850 12863  
12990

13052 13053 13095 13113 13128 13212  
13224 13244 13270 13317 13360 13398  
13483 13404 13518 13567 13575 13582  
13595 13608 13637 13676 13700 13753  
13769 13772 13827 13873 13876 13913  
13928 13931

14001 14023 14033 14042 14058 14059  
14063 14157 14207 14243 14305 14331  
14376 14387 14438 14479 14563 14510  
14516 14625 14737 14800 14810 14852  
14859 14876 14887 14894 14992

15022 15029 15078 15105 15148 15170  
15256 15301 15407 15417 15436 15474  
15515 15521 15534 15542 15588 15703  
15725 15727 15740 15760 15800 15915  
15934 15931

16011 16032 16055 16067 16111 16148  
16193 16257 16262 16320 16322 16393

16354 16358 16369 16444 16485 16516  
16670 16711 16733 16781 16903 16927  
16941 16974 17036 17098

17049 17065 17073 17073 17092 17127  
17151 17168 17211 17216 17291 17417  
17432 17453 17510 17529 17537 17541  
17549 17643 17660 17684 17708 17758  
17786 17895 17902 17950

18114 18133 18168 18172 18180 18216  
18236 18270 18363 18455 18499 18500  
18540 18548 18575 18576 18596 18624  
18688 18707 18759 18760 18799 18807  
18837 18884 18890 18997

19062 19065 19095 19115 19181 19201  
19216 19232 19233 19234 19284 19290  
19382 19481 19507 19551 19601 19718  
19720 19761 19824 19870 19893 19988  
19989

20000 20023 20079 20084 20105 20124  
20126 20274 20360 20397 20422 20433  
20481 20551 20558 20570 20584 20584  
20612 20637 20663 20694 20799 20801  
20802 20810 20835 20840 20857 20878  
20977 20997

21021 21060 21079 21103 21108 21151  
21203 21220 21346 21384 21419 21428  
21435 21462 21472 21486 21549 21551  
21557 21563 21569 21613 21632 21634  
21684 21724 21728 21736 21741 21832  
21968 21979 21983

22010 22033 22212 22242 22269 22335  
22345 22357 22388 22391 22460 22508  
22524 22552 22561 22572 22588 22629  
22642 22650 22652 22656 22727 22808  
22836 22838 22849 22941 22965 22968  
22982 22997

23001 23036 23038 23058 23067 23079  
23137 23151 23163 23209 23217 23354  
23429 23436 23471 23481 23562 23645  
23663 23667 23710 23747 23756 23761  
23816 23822 23837 23840 23869 23891  
23936

24030 24041 24080 24130 24201 24211  
24241 24277 24299 24308 24422 24434  
24521 24525 24540 24580 24639 24658  
24687 24692 24782 24802 24827 24828  
24866 24926

25047 25081 25147 25149 25152 25156  
25241 25302 25321 25338 25346 25353  
25365 25462 25476 25482 25487 25521  
25526 25534 25577 25671 25674 25687  
25799 25801 25902 25933 25946 25952

26017 26033 26102 26120 26206 26226  
26265 26267 26273 26308 26321 26331  
26340 26349 26355 26420 26422 26468  
26474 26504 26531 26552 26577 26604  
26666 26720 26749 26803 26914 26947

27022 27107 27177 27182 27187 27194  
27218 27238 27347 27348 27500 27603  
27615 27651 27671 27673 27689 27695  
27742 27746 27793 27838 27883 27910  
27922 27932

28010 28027 28029 28081 28138 28289  
28317 28331 28400 28431 28461 28504  
28506 28529 28615 28647 28705 28711  
28727 28735 28770 28848 28855 28886  
28937 28949 28969 28987

29041 29090 29202 29405 29432 29268  
29269 29286 29350 29360 29379 29407  
29421 29462 29533 29572 29597 29632  
29719 29817 29827 29869 29871 29882  
29895 29905 29906 29940 29938 29939  
29952

30011 30039 30048 30083 30118 30200  
30212 30279 30305 30343 30370 30372  
30401 30403 30418 30466 30485 30500  
30508 30530 30568 30578 30697 30719  
30630 30760 30763 30828 30868 30924

31052 31044 31090 31156 31159 31197  
31224 31231 31281 31334 31338 31417  
31424 31464 31474 31518 31540 31584  
31599 31791 31839 31957 31960 31974  
31987

32014 32022 32025 32063 32071 32075  
32090 32094 32118 32174 32204 32213  
32216 32255 32281 32328 32341 32387  
32494 325